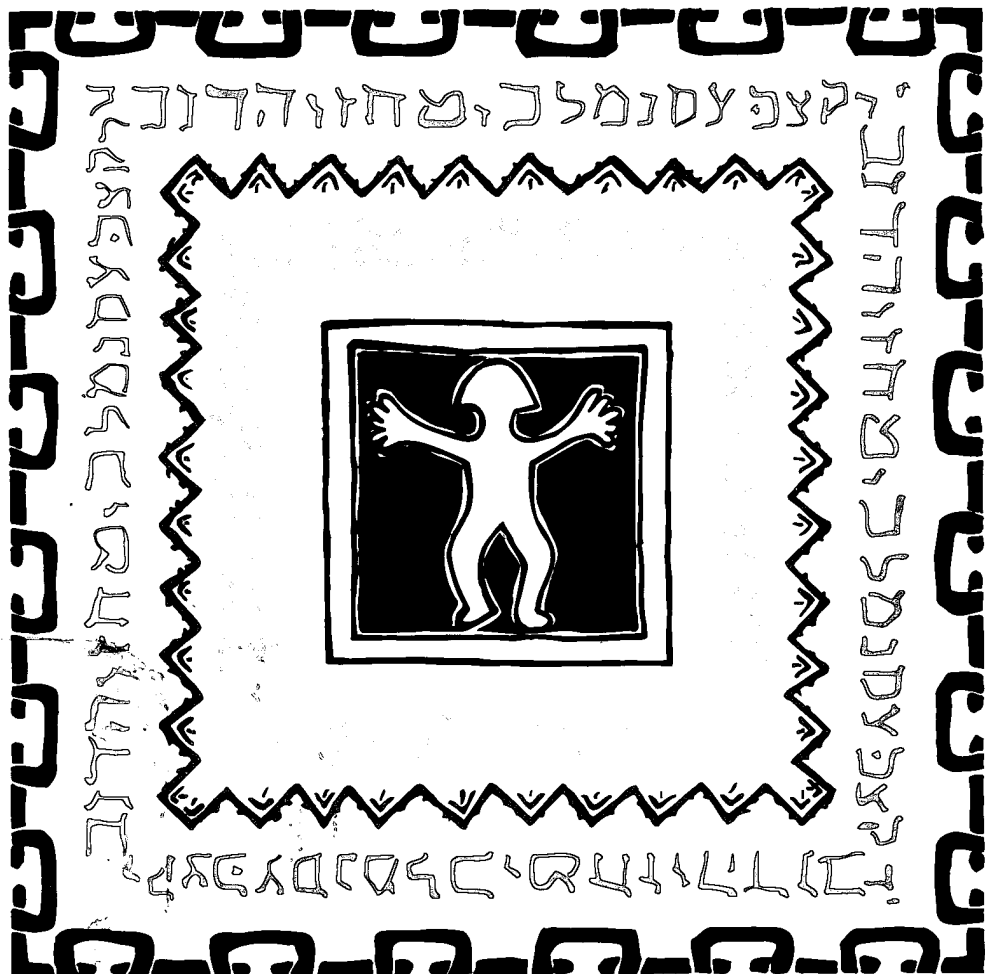


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

# OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



**Edita**

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

**Diseño y Maquetación**

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

**Diseño de portada**

Silvia Martín

**Imprime**

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

**Depósito Legal:** VI- 86/96

**I.S.B.N.** 84-87645-47-X

## Las Luces y el otro: Ambigüedad del discurso ilustrado en torno al “Negro” en la Francia del siglo XVIII

Lydia Vázquez

(DPTO. DE FILOLOGÍA FRANCESA, UPV/EHU)

Para los ilustrados del siglo XVIII en Francia, resulta imposible pensar en la raza negra sin asociarla a la esclavitud. Denunciada en ocasiones, justificada las más de las veces a partir de una tradición esclavista de la Humanidad, que, de siempre, ha hecho de la esclavitud un tipo de castigo a quien se lo merecía, la servidumbre en todas sus variantes aparece en cualquier caso trivializada por una intelligentsia francesa con necesidad de mano de obra en sus colonias del Caribe.

No es de extrañar, pues, que el mismo año que un **Montesquieu** publica el *Espíritu de las Leyes* en defensa de unas leyes más justas y de una mayor igualdad entre los hombres, la Facultad de Teología de la Sorbona emitía un Informe sobre las Colonias en los siguientes términos:

*El Antiguo Testamento ha permitido la servidumbre y parece lícita según las enseñanzas de los Apóstoles en el Nuevo Testamento. No podemos asegurar la tranquilidad de conciencia a quienes compraren y vendieren negros, porque hay injusticia en un comercio tal. Sin embargo, si se examina detenidamente el asunto, si los negros son esclavos porque se lo merecen, y, por parte de los compradores todo se lleva a cabo con justicia, sin engaños, según ciertos principios establecidos, en ese caso pueden comprarse y venderse, e incluso no se necesita el tal previo examen, si el afán primero es convertirlos.*

Los negros, mano de obra esclava de reciente implantación<sup>1</sup>, son, pues, una mercancía de primera necesidad para los imperios coloniales del siglo XVIII. Los enciclopedistas, algunos de ellos accionistas de la Compañía de Indias, así lo entienden cuando justifican la limitada educación, sin embargo tan importante para los franceses, que deben recibir los habitantes de las colonias, para su más fácil sumisión:

*Las colonias tienen por objeto un comercio, así como establecer una cultura. Para lo cual era necesario conquistar tierras y expulsar de ellas*

*a los antiguos habitantes y transportar a otros nuevos. Dichas colonias, establecidas para la sola utilidad de la metrópoli, es natural que:*

*1º) Deban estar bajo la dependencia inmediata y consecuentemente bajo protección de la metrópoli. 2º) Que el comercio sea de beneficio exclusivo de sus fundadores. Las colonias no serían útiles si pudiesen ser autónomas de la metrópoli. Así pues, deben limitarse los objetos del arte y de la cultura a lo justo necesario para su dominación.*

(Artículo Colonia de la Encyclopédie de **Diderot y D'Alembert**)

Y es que sólo la raza negra parece poder soportar las durísimas condiciones climáticas de las islas del Caribe (*los hurricanes*) sin extenuarse y morir en las fatigas cotidianas de las plantaciones de café, caña de azúcar, tabaco, cacao o algodón. Los franceses blancos morían víctimas de epidemias favorecidas por el clima cálido y húmedo de las Antillas francesas y de la Guayana. En tal sentido, los pensadores franceses no tienen más remedio que reconocer la superioridad física de la raza negra, que soporta mucho mejor el sistema climatológico caribeño:

*Pero ¿qué ventajas creen que posee su sosa y asquerosa blancura, dice el personaje negro del abate de Prévost en Los Pro y los Contra (1735), en comparación con el majestuoso color que hemos tenido la suerte de recibir de la naturaleza? Considerad detenidamente vuestro tamaño, vuestras fuerzas, ¿acaso son ellos superiores?(vol. VI, p. 343).*

**M. de Lignac**, fisiólogo de relevancia entre los ilustrados franceses, siguiendo la tradición ilustrada de mostrar los propios defectos a través del ojo ajeno (**Montesquieu**, *Las Cartas Persas*), afirma rotundamente en su famosa obra *Sobre el hombre y la mujer*, Lille, 3 vols, 1773, p. 5:

*Un hombre, transportado de los desiertos africanos a Europa verá a hombres que la naturaleza había hecho robustos ir degenerando insensiblemente. Los que viven en las ciudades serán para él seres afeminados, viejos en plena primavera de sus vidas, los verá arrastrarse por las enfermedades que deben al Amor.*

¿Cómo justificar la esclavitud de una raza superior? Pues bien, contradiciendo todas las leyes de la *fisiognomía dellaportiana*, aún vigente en el siglo XVIII con **Lavater**, que pretenden que un bello cuerpo ha de contener un espíritu despierto y una gran alma, el negro carece de todas las cualidades espirituales que caracterizan (al resto de) la Humanidad. Así lo afirma categóricamente **Rousselot de Surgy** en sus *Reflexiones Interesantes*, vol. X, 1765, pp. 164-166:

*Los negros no razonan, no son espirituales, carecen de toda capacidad de abstracción. Tienen una inteligencia que parece inferior a la observada en los elefantes. Su conservación, su placer, son sus únicos móviles. Sólo eso les mantiene despiertos, les hace vencer la extrema pereza a la que les conduce la naturaleza. La unión a su familia, a sus hijos, es efímera, dura, como en el caso de los animales, para el apareamiento y la cría (...). Su naturaleza es perversa; no hay ni un esclavo al que no le guste robar; o que no esté dispuesto a vender a sus hijos por un poco de aguardiente. Tal retrato les asemeja a los orangutanes, e iguales serían si no hubieran progresado algo gracias a sus contactos con los europeos y con los moros.*

Así, la trata de negros, de *marfil negro*, puede ser considerada como una transacción comercial más, de mercancías, en el mismo nivel que la compra-venta de los productos *ultramarinos* tales como el azúcar o el chocolate.

Algunas voces disonantes, afortunadamente, parecen resonar en el panorama intelectual francés del momento. Como la de **Voltaire**, en sus *Fragmentos históricos* (también lo hará en su cuento *Cándido*), que no parece justificar el consumo de los nuevos productos tropicales que se han puesto de moda en la alimentación europea del momento a tan alto precio:

*Nuestros pueblos europeos descubrieron América con el único fin de devastarla y regarla de sangre; así, a cambio obtuvieron cacao y azúcar y otros productos que fueron transportados a las mesas de los grandes burgueses de París, Londres y otras ciudades europeas, y, ¿para qué? Para consumir más especias que otrora en una mesa principesca, para llenar a simples ciudadanas de más diamantes que los que lleva una reina el día de su coronación; para infectarse continuamente las narices con un polvo infecto, para atiborrarse por capricho de ciertos licores inútiles.*

Poco importa. Francia parece no poder detenerse en su ascendente producción de ultramarinos. Como Francia no puede absorber todo el café y el azúcar que los negreros traen a su vuelta del Caribe, dichos productos se difundirán por toda Europa, poniendo de moda el café *a la parisien*<sup>2</sup>. Hasta tal punto que el comercio colonial francés se hace excedentario, como lo muestra el hecho de que el café suponga la quinta parte del valor total de las exportaciones francesas del siglo.

Así pues, el comercio de esclavos negros también aumenta prodigiosamente durante el siglo, avalado por una buena conciencia de negociantes y negre-

ros, posible fundamentalmente por la cristianización de los esclavos, que, al menos en el discurso, tiene una importancia primordial. **Montesquieu** subraya la hipocresía colonial en este sentido (*El Espíritu de las leyes*, XV, 4 y 5):

*Pretendo decir aquí que la religión da a los que la profesan un derecho a reducir a la servidumbre a los que no la profesan, para así contribuir con mayor felicidad a su propagación. Tal fue la manera de pensar de los destructores de América, y ella les ayudó en sus crímenes. Se basaron en dicha idea para esclavizar a tantos pueblos; pues aquellos truhanes y cristianos eran todos muy devotos. Luis XIII se resistió grandemente a aprobar la ley que hacía de sus negros de las colonias auténticos esclavos, pero cuando se le convenció de que era la vía más segura para convertirlos, aceptó.*

El código negro francés (marzo 1685-1848: en vigor en las Antillas durante 147 años) recoge en su segundo artículo lo que permitirá a los negreros pensar que, no sólo los negros no son seres desventurados, sino que, muy al contrario, salen ganando al escapar de un continente africano preso de luchas intestinas y epidemias, y entrar en contacto con los pueblos civilizados y la religión de la salvación:

*Art. nº 2.- Todos los esclavos de nuestras islas serán bautizados e instruidos en la religión católica, apostólica y romana.*

Pero tal principio, que proporciona a todos los cómplices de dicho tráfico una buena conciencia, no hace sino agudizar las contradicciones de aquéllos que conocen las condiciones infrahumanas en que se desarrolla el viaje de África a América en los barcos negreros, de aquéllos que saben leer los artículos del código negro francés, más *humanitario* sin embargo, según dicen, que el español:

*Art. nº 15.- Prohibamos a nuestros esclavos el porte de todo tipo de arma ofensiva o de gruesos bastones, so pena de látigo.*

*Art. 16.- Prohibamos igualmente que se reúnan entre ellos, de día o de noche, so pena de látigo o flor de lis. Si hubiere reincidencia podrá pronunciarse la pena de muerte, a discreción del juez. Corramos tras los infractores de las leyes y apliquemos los castigos, aunque no tengamos cargo oficial ni decreto alguno contra ellos (...).*

*Art. nº 22.- El amo deberá dar a cada esclavo de más de 10 años, para su alimentación, dos botes de una libra de harina, tres tortillas de dos libras y media cada una, dos libras de buey en salazón, o tres*

*libras de pescado. A los niños destetados, y hasta los 10 años, se les dará media ración de lo mismo (...).*

*Art. nº 27.- Los amos deberán dar de qué vestirse, un trozo de tela gruesa, al esclavo, dos veces por año.*

*Art. nº 28.- Nada poseerán los esclavos, todo pertenece a sus amos, nada de lo que tienen podrá ser legado a sus hijos en sucesión (...).*

*Art. 33.- El esclavo que golpear a su amo, o a la mujer de su amo, a su ama o al marido de su ama, o a sus hijos, con resultas de contusión o efusión de sangre, será castigado con la muerte.*

Y como dicho trato es más propio de bestias de carga que de seres humanos, por mucho que los bauticen, los ideólogos *ilustrados* no tienen más remedio que *animalizar* al negro en su discurso científico para justificar tales abusos. Animalización física en los fisiólogos, médicos y naturalistas. Así dice **J.A. Perreau** en sus *Estudios sobre el hombre físico y moral*, París, Anales de Agricultura, 1797 (Año 6), p. 158:

*Si los animales atacan a los negros es porque no reconocen en su fisionomía a un hombre, pues su esencia se ve escondida tras ese oscuro velo.*

O constata, *objetivamente*, el *Viajero Francés* de finales de siglo (edición antológica y abeviada anónimamente, ed. de París/Amsterdam, 1812, p. 154):

*En el reino del Benín, las ovejas tienen pelo y los hombres lana.*

Animalización adquirida, visión fruto de una humanidad única en el principio del orbe, debida al entorno desfavorable en el que se desenvuelve dicha raza:

*Estoy completamente de acuerdo con el señor Buffon en que los europeos es el pueblo no sólo más blanco, sino también el más bello y el más proporcionado del mundo conocido (...). El negro posee también cierta belleza, sin que yo me sienta capaz de determinarla (...). Mientras que el fresco, una buena alimentación, amén de otras comodidades de la vida social, lanzan con fuerza la sangre hacia las extremidades del cuerpo y mantienen una tez más bella. Las tareas penosas, los defectos en la subsistencia, relajan el sistema nervioso y empobrecen la sangre, no quedando sino una bilis tanto más negra cuanto que la obstrucción de los poros puede acabar siendo permanente. La lana en el pelo y la epidermis de los negros se deben, pues, a dichas razones.*

**(Camper, Disertación sobre las variedades naturales que caracterizan**

*la fisionomía de los hombres de los distintos climas y las distintas edades*, París, 1791, pp. 21, 93 y 115)

Y toda animalización física conlleva, según las leyes fisiognomonistas que van de **Della Porta** a **Lavater**, un embrutecimiento caracterial y anímico:

*La necesidad lleva a la búsqueda de la alimentación, y ésta al abotargamiento de todas las facultades del alma*  
(**Condillac**, *Tratado de las sensaciones*, París, 1754, a propósito del *hombre salvaje*)

Claro está, la misma animalidad negra sirve también para declarar *innata* su rebeldía, descartando así, implícitamente, las razonables causas de las revueltas negras; **Bellon de Saint-Quentin**, en su *Disertación sobre la trata*, p. 73, señala:

*Los Negros son una especie de hombres pesados e inertes por naturaleza, inactivos y rebeldes, que están pidiendo a gritos que se les obligue por la fuerza a ciertos deberes.*

También en este terreno, existen voces disonantes, como la del abate **Raynal**, en *Historia filosófica*:

*Pero cuando decís, son rebeldes. Rebeldes, ¿Por qué? ¿Por qué no quieren ser esclavos nuestros? (...) Llega un momento en que la autoridad paterna y materna se termina, y un momento en que los hijos deben y pueden emanciparse (...) He aquí la ley que el destino ha pronunciado sobre vuestras colonias: o renunciáis a ellas o ellas renunciarán a vosotros.*

La profética amenaza de **Raynal**, reviste un carácter más amenazador en excepcionales autores como **D.J. Garat**, quien advierte en *Los Meses*, 1779 de la suerte que pueden correr los blancos, víctimas de sus propios abusos. En dicha obra, en efecto, **Garat** cuenta una anécdota en favor de los negros para asustar a los amos blancos: un amo acusa a su esclavo de robo, el esclavo se defiende *como sólo un inocente sabe hacerlo*. El cruel amo desoye toda argumentación y le inflinge una severa tortura. El negro la soporta con dignidad, sin un grito. Luego, en un descuido, coge a los tres hijos del amo y se sube al tejado de la casa con ellos. Cuando el amo está casi en el umbral de la casa, tira al primero, que cae a sus pies. Ve caer al segundo con horror. Pide clemencia para el tercero. El negro se precipita a sus pies con este último: *Temed las tempestades que provoquen sus revueltas.*



Profecía coincidente, por su tono alarmista, con los peores presagios, cuasi lepenistas, de los discursos antiabolicionistas:

*El negro que use de su derecho de venir a Francia, e incluso de traer riquezas que ya esté en derecho de adquirir, casará a sus hijos con franceses. Los hijos conservarán parte de su color y de aquí a veinte años, veremos sólo negros y mulatos en Francia (...) Ese germen pestilente será aún más funesto que esa vergonzosa y mortal enfermedad que también nos ha venido del nuevo mundo”.*

(D.H. L'Amiral, *Africa y los africanos*)<sup>3</sup>

Ahora bien, las revueltas negras conocen castigos, justificados por los unos, criticados por los menos, que van de la mutilación de orejas, manos y pies, o la condena a llevar collares fundidos alrededor de sus cuellos con protuberancias que dificulten su huida por la selva, a los latigazos, las marcas de fuego, y hasta la muerte, y que son moneda corriente en las plantaciones de la época. *El Cándido* de **Voltaire**, en la América esclavista en busca de El Dorado, nos lo recuerda:

*Al acercarse a la ciudad, se encontraron con un negro tendido en el suelo, apenas vestido con un calzón de tela de saco color azul. Le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha: Dios mío, le dijo Candide en holandés, qué haces aquí, amigo mío, en un estado tan lamentable? -Espero a mi amo, el señor Vanderdendur (“diente duro”, con sonoridad holandesa), el famoso negociante, respondió el negro. -¿Y es el señor Vanderdendur quien te ha tratado de aquesta suerte? dijo Candide. -Sí, señor, dijo el negro, tal es la costumbre. Nos dan tan sólo un calzón de tela de saco por vestimenta dos veces por año. Cuando trabajamos en las azucareras y la muela nos pilla un dedo, nos cortan una mano; cuando queremos escaparnos, nos cortan la pierna. Ambas cosas me acaecieron. A este precio, señor, estáis comiendo azúcar en Europa.*

Del Código Negro de 1685, dictado por los franceses para sus colonias, más *humanitario* que el español, el holandés o el portugués, a la carta de abolición de la esclavitud durante la Revolución Francesa en 1794, y la de 1848, tras su restauración en 1802 con el Imperio, mucha ha sido la tinta que se ha gastado a favor y en contra de la esclavitud, ya hemos recorrido una muestra, desde perspectivas legalistas, administrativas, o más literarias, y utilizando argumentos desde mercantilistas hasta filosóficos, fisiológicos o políticos que hemos ido comentando, a partir de fragmentos escogidos de autores del siglo

XVIII, siglo de apogeo de la esclavitud, siglo que vio nacer al esclavo negro, que se enriqueció gracias al *oro negro* y que “casi” lo vio desaparecer, y no sólo por exigencias tardías de igualdad, sino por exterminio. Exterminio al que contribuyeron buena parte de las voces progresistas francesas de la época, si no directamente, ni con un discurso abiertamente favorable a la esclavitud y a los malos tratos, sí mediante afirmaciones que, por su ambigüedad no siempre inocente, contribuían al mantenimiento del estado de las cosas:

**Rousseau**, en *el Emilio (el Emile, Libro I, 1762)*, dice:

*Parece ser que la organización del cerebro es más imperfecta en las zonas climáticas extremas, y que ni los negros ni los lapones tienen el buen sentido de los europeos.*

Tu quoque, **Rousseau**?

## Notas

---

1. En las Grecia y Roma clásicas, escasos eran los esclavos de raza negra, pues las dificultades de travesía del Sáhara eran grandes.
2. Madrid había puesto de moda el "desayuno a la española" a base de cacao, el famoso "chocolate", que competía con el café y el té como nuevos productos estimulantes en una Europa burguesa necesitada de substituir el alcohol por otro tipo de alimentos que llevaran a una mayor producción consecuente de una mayor potencialidad física.
3. Es curioso ver cómo la raza negra fue acusada en la época de portadora de la sífilis, enfermedad mortal de transmisión sexual, al igual que hoy del SIDA. Así vuelve el blanco el imaginario de la potencia superior sexual del negro en contra de éste.

## Bibliografía

---

- W.B. Cohen:** *Français et Africains*, París, Gallimard, 1980
- S. Everett:** *Les esclaves*, París, Nathan, 1979
- M. Lengellé:** *L'Esclavage*, París, P.U.F., 1954
- J. Meyer:** *Esclaves et Négriers*, París, Gallimard, col. "Découvertes", 1992
- I. y J.L. Vissière:** *La traite des Noirs au siècle des Lumières*, París, Eds. Métaillé, 1982